

# **CRÓNICA IBONES DE PECICO Y BACHIMAÑA**

## **“Libre y salvaje”**

*“Creer que un cielo en un Infierno  
cabe, dar la vida y el alma  
a un desengaño.*

*Esto es amor.  
Quién lo probó lo sabe”*  
(Félix Lope de Vega)

Me planteo en esta crónica la difícil tarea de haceros sentir algo que creo que casi ninguno habéis vivido en primera persona, o al menos no con esta intensidad. Nunca me ha gustado en mis crónicas contar o relatar simples hechos y fríos datos, y por lo tanto en esta ocasión me siento como Lope intentando explicar qué es el amor y al final, quizá como él, deba concluir que si no lo habéis probado, no lo podéis sentir.

Vaya por delante, sin más comentario, que escribo con cierta decepción personal, que utilizo como el vinagre y sal en ensalada para que resalte el resultado final.

Cómo explicar lo que se siente camino del Balneario de Panticosa, rodeado de un paisaje invernal de primavera, con nieve recién caída y cayendo, en pleno corazón del Valle de “TENA”, y escuchar en la radio, seguro que no por casualidad, seguro que no, al recién fallecido Manolo “TENA” cantando: “Llévame hasta el mar”

<https://youtu.be/LiyUR1zKbgc>. (Escucharla para entender)

*“Llévame libre y salvaje, llévame hasta el mar  
Llévame libre y salvaje, llévame hasta el mar  
Llévame, a través de hielo y lava, llévame...  
Búrlate de los esclavos del tiempo, desátame.  
Sálvame de la asesina rutina, desnúdame.  
En la orilla del mar es más fácil soñar.  
Mirando a las estrellas es más fácil soñar.*

*Llévame libre y salvaje llévame hasta el mar.  
Llévame libre y salvaje llévame hasta el mar.  
Desnúdame...*

*Llévame. A través de tierra y viento, llévame.  
Búrlate del guardián del invierno, desátame.  
Sálvame de la asesina rutina, desnúdame..... ”*

De qué manera haceros sentir lo que siento al encontrarme en Casa de Piedra a la hora convenida, con los 7 (+100;12-5=7/8) compañeros amigos, cargados con pesadas mochilas, pesadísimas esta vez, para llevarlos hasta un "mar de hielo" y caminar sobre él.

Cómo describir lo que los siete sentimos al caminar durante más de una hora sobre la superficie helada del Ibón superior de Bachimaña, en medio de una tremenda soledad y silencio, rodeados de inmensos bloques de hielo y nieve, bajo la atenta mirada de la presa de piedra. Un ibón que conocemos y del que conocemos el azul color de sus aguas, sus islas y su insondable profundidad. Pisando, con una mezcla de nerviosa excitación y temor, una superficie plana como un plato de blanquísima porcelana. Nunca en montañismo he caminado tanto tiempo sin el más mínimo desnivel y además sabiendo que bajo nuestros pies hay casi dos metros de nieve y una gruesa capa de hielo que ya comienza a morir poco a poco, enferma de primavera.

Pero lo voy a intentar. Si fracaso es porque en ocasiones hay que vivir cada minuto y llenarlo de sesenta segundos de intensidad para poder entender cada imagen, cada mirada, cada sonrisa. Sentirse libre y salvaje en un lugar libre y salvaje.

Comenzamos la ruta más o menos a la hora prevista. Como siempre más cerca de la previsible que de la prevista. Yaiza, nuestra guía para la ocasión, nos presentó al mítico y un día legendario Daniel Mur. Lo he visto de cerca y puedo aseguraros que parece "casi humano", aunque sus crónicas y aventuras conocidas, realmente lo elevan sobre esa mortal condición. También dejamos el detenido examen de la nueva "furgo" de Sara y Mikel para la vuelta y emprendemos el muy conocido camino que nos había de llevar en una primera etapa hasta el Refugio de Bachimaña.

Caminamos lentamente bajo la pesada carga de nuestras mochilas que esta vez están a reventar. Las hemos provisto de todo lo necesario para hacer de esta jornada un día perfecto. Además de las raquetas y crampones, piolet y casco, ARVA (Appareil de Recherche de Victimes d' Avalanches), palas y sondas, metemos ropa de abrigo temiendo que el día fuera a peor, y los "porsiacaso" cordino y otras zarandajas montañeras, sin olvidar, por supuesto el litro de caldito de María Emilia. En fin, mi mochila 14 kilos de atrezzo y las otras por el estilo.

Calzamos crampones cuando la nieve comienza a ser continua. Alivio para las espaldas y seguridad en nuestros pasos, aunque los "pies de hierro", no ayudan a que la marcha sea más ligera. Algún paso delicado con mucha nieve reciente, en el que pasamos de uno en uno para evitar sobrecargar y romper la placa aérea que nos sostiene a una altura considerable sobre el fondo del barranco. Cuidado, cuidado. Mucho cuidado.

Finalmente frente a nosotros se encuentra la Cuesta del Fraile. Sabemos que al final está el refugio, así que con renovado espíritu, luego de un breve descanso, atacamos casi todo tieso a punta de crampón, corazón agitado y esforzados gemelos, la fuerte pala de nieve.

Hemos pasado el cartel de ii ALUDES !! en 600 m, y efectivamente, en la cuesta yace la huella de uno reciente, quizá del día anterior. Compruebo que las bolas están muy heladas. Yaiza ha tomando el mando del grupo y nos guía alejándonos de esa zona que ya ha sido peligrosa, pero puede volver a serlo, como así fue y pudimos comprobar a las horas.

Como era de esperar, tardamos casi dos horas y media en llegar al refugio. El tiempo se está poniendo feo pero, vamos a ver.

Reponemos líquidos y algo de sólidos en el comedor, y cae el primer bote de caldito. Creo que estamos solos como ocupantes, y para ese día no esperan a muchos más.

Al salir, ya con nuestras raquetas puestas, el tiempo parece haber mejorado, y las nubes se han ido a la frontera, al norte.

Ilusionados, sabiendo que lo que buscamos está cerca, progresamos con el aliento contenido y un "run, run" en el estómago. El ibón inferior no está completamente helado, pero los guardas, nos dicen que podemos pasar por el superior sin problemas prestando mucha atención en la entrada y salida. Sabemos que dentro de unos minutos nos toparemos con el muro de la presa y al otro lado.....el mar al que he prometido a Manolo Tena, solo hace unas horas, llevarlos libres y salvajes.

Jesús, inquieto como siempre, ha sido el primero en llegar a la parte alta del muro de la presa y llega a descrestar unos metros la pared, pero nos espera extasiado ante lo que hay frete a él, un paisaje helado y sobrecogedor y 30 metros por debajo, una gran superficie lisa, plana, cerrada por todos sus lados por bloques de nieve y hielo o grietas parecidas a las rimayas. La bajada junto al muro impone, así que Jesús me cede el honor de comenzar la bajada hasta el "mar de nieve". Mantenemos cierta distancia de seguridad entre nosotros. Jesús finalmente intenta el acceso por un lugar que le parece bueno, y lo es, mientras yo lo intento por otro siguiendo huellas de esquís. Pero la nieve caída los días atrás tapa una grieta y primero una raqueta y acto seguido la otra, caigo dentro de la trampa de hielo y nieve. La sensación de estar suspendido en el aire sin que las raquetas toquen el suelo, ni apoyen en ningún lugar, es difícil de explicar. Me he clavado hasta la cintura pero he conseguido echar el cuerpo hacia delante y esa superficie parece segura, así que con los codos consigo avanzar lo suficiente para que las raquetas puedan apoyar en la pared posterior y, empujando con ellas puedo salir reptando del agujero del que prefiero no saber muchos más detalles sobre su profundidad.

El resto del grupo, lógicamente, toma la huella que ha abierto Jesús, por la que luego regresaremos.

Así que finalmente imaginarnos a los siete compañeros caminando decididos sobre ese "mar helado", plano como el suelo de mármol blanco de un palacio de las Mil y una noches, rodeados de nieve y hielo roto en bloques fieros y presidido por una enorme pared de piedra, el muro de la presa que nos hace sentir más pequeños. Qué extrañas sensaciones las de pisar un suelo blanco sabiendo que debajo, sin saber en ese momento muy bien cuánto, hay una importante cantidad de agua de la que solo nos separan nieve y hielo. Al fin todo agua en distintos estados físicos. Intentamos mantener la distancia de seguridad, pero la euforia y un cierto nerviosismo nos hicieron querer estar juntos, como si eso pudiera protegernos de un riesgo que no vemos y que es difícil de valorar por desconocido. Veo a Víctor parándose y mirando hacia todos los lados, como si no se creyera que está en ese lugar, más parecido a una salina que a un paisaje nevado. Nos advierte de las grietas, pero lo hace sin temor. Víctor es hombre experto y montañero con experiencia pero creo que para el también este lugar resulta casi mágico.

La marcha fue rápida, pero el ibón, el que lo conoce lo sabe, es largo y no teníamos claro por donde estaba la mejor salida. Seguimos a Jesús, que a su vez, intenta seguir las huellas de unos esquís que en ocasiones se pierden. La temperatura, sí, el calor en ese lugar era extrañamente alto. Luego pude comprobar que casi todo el tiempo estuvimos a 28,5º, cuando solo unos minutos antes eran 10º. Estamos metidos en una olla donde el sol reverbera en la inmaculada nieve.

Explico la situación. Con las primeras heladas, el agua del ibón se congela en superficie y adquiere una capa de hielo, luego la nieve se acumula sobre esa superficie sólida de hielo hasta alcanzar, como pudimos comprobar in situ con una sonda, 160 cm. más el hielo que no pudimos romper (tampoco insistimos mucho, la verdad). Pero recordar que Bachimaña está represado y cuando el nivel de agua desciende, la placa de hielo queda "suspendida en el aire" hasta que se fractura por todo el contorno del ibón y se rompen en bloques de hielo, creando esas rimayas que luego quedan cubiertas por más nieve hasta que algún tonto (S.s.s.) las pisa y se mete dentro. Eso explica que todo el entorno esté roto y que el resto sea completamente plano.

Disfrutamos enormemente de ese paseo y es difícil de explicar qué lo hacía tan atractivo, quizá el peligro latente y oculto.

Me sentí pequeño, contingente, frágil. Caminar por el ibón superior de Bachimaña supuso una nueva experiencia que hay que vivir y sentir para entender. Impresiona de una manera especial el muro de contención de la presa. Sobre todo impresiona y sobrecoge saber que estás "al otro lado" del habitual desde donde se miran las presas. Algunos recuerdan el Muro de Juego de Tronos, incluso creen ver a Jon Nieve por ahí.

Buscando la salida, Jesús, con las indicaciones de Víctor, nos guía hacia a unas enormes masas de nieve que resaltan sobre la lisa superficie. Son las islas del ibón que ahora representan grandes masas en bloques de hielo y nieve. Poco a poco encontramos la salida por el norte. Media hora de sonrisas emocionadas y nerviosas pero satisfechas. Y queda regresar.

Llegamos finalmente a la orilla, a tierra firme o mejor dicho a nieve sobre firme. Seguimos sobre agua pero con otro sustento en su base.

El día comienza a empeorar y los Pecicos quedan todavía a casi hora y media, así que buscamos un lugar medianamente amplio y sin peligro, y aprovechamos para hacer una divertidas pero instructivas y prácticas con el ARVA, las sondas y las palas. Al menos este grupo ya sabe cómo localizar con un ARVA a alguien bajo la nieve, cómo sondear y distinguir las diversas texturas que pueden encontrarse bajo la nieve y como palear de forma organizada y eficaz para un rescate. Es un momento divertido aunque con cierto nerviosismo interior al comprobar cómo son esas cosas y querer todos alejar de la mente una situación real. A casi 2.300 m. sondeamos 2,4 m de nieve bajo nuestros pies. Es un rato de relajación para disfrutar más y mejor el regreso sobre el ibón helado. Otra media hora con fotos, videos y mayor contemplación del paisaje que nos rodea. Ahora caminamos hacia el muro, inmenso e infranqueable, pero somos como pequeñas hormigas que, un pie delante de otro y por donde Jesús había descubierto la entrada, vamos alcanzando la corona y al poco tiempo de nuevo relajados y felices estamos en el refugio.

Pequeña parada para cambiar raquetas por crampones y bastones por piolets. Desde el primer momento podemos comprobar que la nieve está muy blanda (pescadería) y que si bien los crampones nos dan seguridad, nos hundimos constantemente siendo la progresión penosa y lenta.

Al llegar a la Cuesta del Fraile comprobamos que el lugar por el que hemos subido, ha sido barrido por varios aludes de pequeño tamaño pero que han dejado toda la ladera como un verdadero patatal de nieve. En más tiempo y muchas más dificultades de lo previsto, y cierto temor a que pudiera haber otro alud llegamos al final de la cuesta y de ahí a los coches en un agradable paseo, con lluvia fina al final pero con las imágenes de todo lo que hemos vivido grabadas en la retina.

Al fin un día inolvidable, distinto y especial que, como casi todos termina en el Molino de Escuer frente a unas ricas y recomponedoras viandas de todo tipo. Luego, en la despedida, admiramos la nueva furgó "Westfalia" de Sara y Mikel, una chulada con todo tipo de detalles para disfrutar, a esa edad, de la montaña en completa libertad y autonomía. Esperamos y deseamos que sepan llenarla de sueños y estrellas, como nosotros hemos llenado nuestro corazón junto al mar de Bachimaña. Un corazón que hoy más que nunca, ha sido ii LIBRE Y SALVAJE !!.

Gracias por la inspiración Manolo, para mi, el octavo compañero.

ii VA POR TI, AMIGO !!

Domingo Aguilar.